

# ¿Para quién se escribe la Historia?

CARLOS LANDÁZURI CAMACHO

*El cambio notable en la formación profesional de los historiadores en Ecuador y América Latina ha permitido un avance significativo en la disciplina. En este contexto positivo, Carlos Landázuri, profesor del Área de Historia de la UASB-E, se pregunta si se ha descuidado al público hacia quien pueden dirigirse los resultados de las investigaciones históricas y lo que esto significaría para el desarrollo cultural de nuestro país.*

Los estudios históricos en Ecuador se han desarrollado vigorosamente en los últimos cincuenta años. En 1970, no existían historiadores profesionales ecuatorianos, salvo Abel Romero Castillo (Guayaquil, 1904-1996), quien obtuvo su doctorado en Ciencias Históricas en Madrid, en 1931, y quizá algún otro caso que no conocemos. Quienes escribían Historia eran, por lo general, abogados, diplomáticos, clérigos, políticos, militares, profesores, es decir, intelectuales formados en otras disciplinas, que sentían la necesidad de explicar los fenómenos sociales estudiando su evolución a través del tiempo. Con frecuencia, querían presentar y defender determinadas posiciones personales o institucionales, como las de la Iglesia, el ejército, las de diversas tendencias o partidos políticos, o las que juzgaban eran las del país en su conjunto, o de alguna de sus provincias o ciudades.

Hace cincuenta años tampoco existía la carrera de Historia en ninguna de las universidades

ecuatorianas, si bien se estudiaban asignaturas de carácter histórico como parte de la formación de otros profesionales. Fue la creciente especialización de los profesores «de segunda enseñanza» la que permitió la creación de escuelas o departamentos

universitarios que se dedicaban al estudio de distintas disciplinas académicas, entre ellas la Historia, dentro de las Facultades de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación.

Esa tendencia fue liderada por la Pontificia Universidad Católica del Ecuador (PUCE), en Quito, la primera que contó con un Departamento de Historia, cuyos profesores eran ya historiadores profesionales, tanto ecuatorianos recientemente graduados en universidades de Estados Unidos y Europa, como ciudadanos de otros países, que se habían graduado en Historia Latinoamericana y estaban temporalmente en el país por diversas circunstancias, por ejemplo, para realizar investigaciones para sus tesis doctorales. Ese Departamento,

“**Quienes escribían Historia eran, por lo general, abogados, diplomáticos, clérigos, políticos, militares, profesores, es decir, intelectuales formados en otras disciplinas.**”

tamento de Historia, cuyos profesores eran ya historiadores profesionales, tanto ecuatorianos recientemente graduados en universidades de Estados Unidos y Europa, como ciudadanos de otros países, que se habían graduado en Historia Latinoamericana y estaban temporalmente en el país por diversas circunstancias, por ejemplo, para realizar investigaciones para sus tesis doctorales. Ese Departamento,

“

La tarea de ofrecer posgrados en Historia fue asumida poco tiempo después por otras dos universidades, también en Quito: primero la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) y luego la UASB-E.

”

convertido después en Escuela de Historia, continuó contribuyendo a la formación de profesores de segunda enseñanza en la Facultad de Ciencias de la Educación de la PUCE, y también se dedicó a la formación de licenciados en Historia «Pura». Incluso creó un Ciclo Doctoral en Historia, que duró pocos años. La tarea de ofrecer posgrados en Historia fue asumida poco tiempo después por otras dos universidades, también en Quito: primero la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) y luego la UASB-E.

Actualmente, en claro contraste con la realidad de 1970, decenas de historiadores ecuatorianos han obtenido maestrías y doctorados en Historia, tanto en esas universidades como en otras del exterior. Junto a esos desarrollos institucionales, se han producido importantes cambios en la forma de estudiar la disciplina,

afirmación que merece ser respaldada con algunos ejemplos.

La historiografía ecuatoriana actual es cada vez más especializada, al punto de que las visiones amplias o generales se miran a veces con cierta sospecha, como si fueran menos académicas o profesionales. Pocos historiadores se declararían especialistas en algo tan amplio como América Latina y, en algunos casos, ni siquiera en Historia del Ecuador. La mayoría prefiere concentrarse en un período, una región, un tema o una visión concreta.

También resulta notable el crecimiento del diálogo de los historiadores ecuatorianos con colegas de otros países. No es que anteriormente no hayan existido contactos: las academias nacionales de Historia de toda Hispanoamérica, por ejemplo, mantenían correspondencia regular entre sí, y también con la de España. Pero el proceso de globalización se ha acelerado notablemente en las últimas décadas, y eso ha tenido un impacto clarísimo entre los historiadores. Los congresos internacionales de la disciplina se han multiplicado; las redes electrónicas especializadas son canales amplios a través de los cuales se discuten contribuciones y puntos de vista, y muchas veces sirven para realizar proyectos conjuntos; los especialistas dictan conferencias e incluso cursos universitarios destinados a públicos localizados en otros países y vinculados a otras universidades; las revistas académicas, que antiguamente, al menos en América Latina, se especializaban casi de forma exclusiva en la Historia del país en el que eran publicadas, ahora aceptan contribuciones que provienen de otros lugares y muchas veces se refieren a temas geográficamente diversos. En esto ha sido pionera *Procesos: Revista Ecuatoriana de Historia*, publicada por la UASB-E, que ha llegado a ser, en mi opinión, la más importante revista de Historia del país en estas primeras décadas del siglo XXI.

Ese diálogo constante y fecundo ha producido un fenómeno interesante: el rápido influjo y difusión de nuevas tendencias interpretativas sobre diferentes fenómenos históricos. Tomemos como ejemplo el caso de la Independencia,

# PROCESOS

REVISTA ECUATORIANA DE HISTORIA

<http://revistaprocesos.ec>





que ha sido estudiado y sistematizado por Mónica Quijada en *Modelos de interpretación sobre las independencias hispanoamericanas* (2005). Este ha sido un tema muy cultivado por la historiografía hispanoamericana de los últimos dos siglos, desde que comenzó el largo proceso independentista, a partir de 1809. Sus primeros historiadores no fueron, desde luego, profesores universitarios, supuestamente imparciales y objetivos, sino los propios actores: militares, clérigos, políticos, la mayoría de ellos perteneciente a las oligarquías letradas locales, que defendían y promovían sus propios intereses y puntos de vista. Conforme la independencia del Imperio español se fue imponiendo y se fueron creando las nuevas repúblicas, esos puntos de vista se unificaron alrededor de la creación y fortalecimiento de los nuevos Estados nacionales americanos. Ese modelo patriótico o nacionalista, que Quijada llama *institucionalista*, dominó sin oposición en toda Hispanoamérica hasta finales de la década de los 60, es decir, durante la mayor parte de estos dos últimos siglos. En la práctica, todavía lo sigue haciendo.

En la década de los 70 surgió un nuevo modelo interpretativo, el materialista, ligado al historiador británico John Lynch, cuya obra *Las revoluciones hispanoamericanas, 1808-1826*, publicada originalmente en inglés, en 1973, tuvo un gran impacto. Ese modelo pretendió construir una historia social de la independencia, desde la perspectiva de la lucha de clases. Según esa interpretación, los sectores dominantes latinoamericanos se opusieron a las políticas liberales de los reyes españoles, especialmente porque facilitaban cierta movilidad social, en contra de los valores señoriales de las oligarquías criollas. Esa oposición inicial habría llevado, finalmente, a que los criollos apoyaran las tendencias independentistas.

Tras dos décadas de predominio materialista, apareció un nuevo modelo dominante que Quijada llama *político*, y que según ella se origina en los estudios del historiador hispano-francés François-Xavier Guerra y en los del ecuatoriano-estadounidense Jaime Rodríguez, docente de la Universidad de California, Irvine, y profesor visitante de la UASB-E. Este tercer modelo es más difícil de caracterizar porque está en auge, lo cual significa que se sigue renovando y transformando. Me parece, sin embargo, que una de sus principales características es la de comprender la independencia hispanoamericana no como un conjunto de fenómenos relativamente aislados que se dieron en cada país —perspectiva que tiende a adoptar el modelo nacionalista—, sino como un proceso del mundo occidental, que se dio tanto en Europa como en toda América, es decir, a ambos lados del Atlántico. Es en ese «mundo atlántico» en donde se da una serie de transformaciones, que van a producir tanto la creación de Estados Unidos como la Revolución francesa y la formación de repúblicas independientes en Iberoamérica. Es más, en el



Antigua Universidad Jesuita.  
©Instituto Nacional de Patrimonio Cultural

“  
Ha sido pionera  
*Procesos: Revista  
Ecuatoriana de  
Historia*, publicada  
por la UASB-E, que  
ha llegado a ser, en  
mi opinión, la más  
importante revista  
de Historia del país  
en estas primeras  
décadas del siglo XXI.

”

caso iberoamericano, esas transformaciones comienzan en España, donde se produce un «terremoto político» que va a desencadenar la independencia de sus colonias y las de Portugal. Así, la independencia hispanoamericana no se habría dado «en contra» de España, como lo asumía el modelo patriótico, sino en medio de la pugna entre monárquicos y republicanos, conservadores y liberales, tanto en España como en América.

Así como hemos procurado sugerir con el ejemplo de los estudios sobre la Independencia, en las últimas décadas ha surgido una verdadera comunidad internacional de historiadores especializados, que tienen profundos vínculos académicos entre sí, y trabajan, cuando no en colaboración, por lo menos en constante diálogo. En contraposición con estos desarrollos tan notables de los estudios históricos ecuatorianos en las últimas décadas —y quizá como consecuencia impensada de ellos—, ha surgido una tendencia bastante frecuente entre los nuevos historiadores, que a mi criterio es negativa y debe ser identificada, analizada y, si fuera el caso, superada. Me parece que cada vez más la Historia se escribe principalmente para otros historiadores y no para la gente. Eso no debería ser así.

“

**Ha surgido una tendencia bastante frecuente entre los nuevos historiadores, que a mi criterio es negativa y debe ser identificada, analizada y, si fuera el caso, superada. Me parece que cada vez más la Historia se escribe principalmente para otros historiadores y no para la gente.**

”

Es necesario volver a la tradición de la disciplina de escribir Historia *para la gente*, por varias razones. En primer lugar, porque los trabajos históricos estudian, por definición, la

vida —la historia— de los grupos humanos, y en consecuencia, primordialmente deben dirigirse a la gente y no solamente a otros especialistas. De lo dicho se desprende que los escritos históricos tengan que ser tan sencillos y claros como sea posible, sin que ello signifique que se pueda renunciar a la rigurosidad del pensamiento, a una investigación profunda, a las convenciones académicas, como el uso de un aparato crítico claro, honesto y exacto.

En segundo lugar, se debe escribir Historia *para la gente* porque cuando las obras históricas son solamente diálogos eruditos entre colegas, se empobrecen. Su verdadera relevancia debería estar en su posibilidad de interesar, al menos potencialmente, a públicos no necesariamente académicos, que de alguna manera puedan sentirse identificados o interpelados por el tema que estudian, por su enfoque, por los datos que aportan, etc. Por supuesto, esa búsqueda de relevancia extraacadémica de ninguna manera debería comprometer la calidad profesional del trabajo, como ya hemos dicho. Es decir, los historiadores deberíamos perseguir el doble reto de escribir bien *para la gente*: en forma clara, inteligente, inteligible, interesante, relevante; y, al mismo tiempo, para *los colegas*: de manera original, rigurosa, documentada, presentando las evidencias y utilizando un aparato crítico adecuado y exacto.

Así las cosas, ¿por qué sería importante que los historiadores escribieran para la gente? Mi respuesta: porque eso forma parte de la naturaleza misma de los estudios históricos. La Historia, como disciplina, no es una rama técnica, sino humanística, por más que, en buena medida, puede compartir los objetivos, métodos e instrumentos de otras ciencias sociales. Lo técnico, casi por definición, se refiere a asuntos especializados, particulares, que requieren conocimiento o entrenamiento específicos, sin los cuales no pueden ser entendidos ni aplicados adecuadamente. Lo humanístico, también por definición, gira en torno al ser humano y, por ello, le interesa o al menos podría o debería interesar a todos los seres humanos. Es cierto que un porcentaje importante de los hombres y mujeres, en la práctica, desgraciadamente, no



alcanza niveles de vida en los cuales sea posible experimentar preocupaciones relacionadas con el cultivo de las humanidades, pero también es verdad que el número de quienes pueden interesarse —y de hecho se interesan— en temas históricos supera con mucho al de los historiadores profesionales. Es nuestra obligación dirigirnos también a ese público por lo menos potencial. Si no lo hacemos, no solo estaríamos incumpliendo con una obligación profesional, sino que empobreceríamos a los propios estudios históricos, reduciendo su enfoque, limitando su relevancia y trascendencia, disminuyendo su razón de ser.

Podría decirse que los razonamientos anteriores, aun siendo correctos y convincentes, no dejan de ser un tanto teóricos y, por ello, quizá no muy útiles. Podríamos preguntarnos: ¿existen ejemplos de trabajos históricos que deberían ser escritos específicamente para no especialistas? Creo que la respuesta es evidentemente positiva. Y para mostrarlo, conviene mencionar al menos dos casos: el de los manuales de Historia que se usan en el sistema educativo y las historias generales.

Es cierto que en los últimos años se ha impuesto la tendencia a restar importancia al estudio de la Historia, tanto en la educación básica como en el bachillerato, que son los niveles de educación formal a los que accede la mayoría de los ecuatorianos. Actualmente, ya no se estudia Historia *per se* en los primeros niveles del sistema educativo, a no ser por lo que ha quedado todavía dentro de un «batido amorfo» que se denomina «Ciencias Sociales» e incluye Historia, Geografía y Cívica. Frente a esta realidad, es ineludible que nos preguntemos si la exclusión de la Historia del sistema educativo ecuatoriano es conveniente para Ecuador como país y para los ecuatorianos como sociedad. Esa interrogante pediría un examen específico y pormenorizado, que podría dar lugar a muchos trabajos académicos. Sin contar con esos aportes todavía, sí podemos constatar que importantes sectores de los ecuatorianos se han pronunciado para expresar que la supresión de la asignatura de Historia es un retroceso lamentable, que debe ser corregido.

Es evidente que una educación exclusivamente técnica, por perfecta que fuese, no sería suficiente para formar a las nuevas generaciones de ecuatorianos. Los humanos somos seres sociales, no solamente por imperativos biológicos, sino también por necesidades psicológicas, intelectuales y anímicas. No podemos vivir armónicamente en sociedad si no contamos, además de con el instinto y la necesidad, con una cultura que integre el conocimiento, la educación, las tradiciones, la ley y la ética. La pertenencia de los seres humanos a una sociedad se basa también, pues, en su propia historia personal, familiar, de su grupo, de su cultura, de su región y de su nación. Así como los griegos decían que el ser humano es «el animal racional», también se podría enfatizar en otros aspectos de su forma de ser y llamarlo «el que habla», «el que cree», o para lo que aquí nos interesa destacar, «el que tiene historia». Y extremando un poco la expresión, «el que es historia».

En tal estado de cosas, ¿quiénes, si no los historiadores, deberían asumir un rol protagónico en la preparación de los materiales, manuales, orientaciones y guías que se tendrían que usar en una enseñanza de una Historia que fuese plural, inclusiva, actualizada y significativa? Esos trabajos resultan sumamente necesarios, urgentes y —desde el punto de vista profesional— indelegables. A los historiadores corresponde señalar cuáles serían los contenidos y enfoques más importantes, y preparar los textos correspondientes. Asimismo, debería ser también su tarea, en colaboración con equipos pedagógicos y editoriales, graduar esos conocimientos para los diversos niveles educativos y las edades de los estudiantes, y publicar los materiales que resultasen necesarios.

Algo parecido puede decirse en relación con las así llamadas *historias generales*. Mientras la Historia normalmente progresa mediante contribuciones específicas y puntuales sobre diversos aspectos concretos, las sociedades humanas requieren también de visiones amplias, panorámicas, abarcadoras, tanto en el tiempo como en la concepción, de su propio pasado. Por eso, la expresión «Historia general...» usualmente

requiere de un objeto de estudio, como, entre muchos otros, «... del Imperio romano», «...de la Edad Media», «...del Imperio español en América» o, en nuestro caso, «... del Ecuador».

Así, mientras la tendencia actual a la sobreespecialización de los historiadores por un lado facilita la aparición de contribuciones específicas en campos puntuales y permite el desarrollo de la disciplina, por otro vuelve cada vez más difícil la producción de manuales de Historia de gran calidad, destinados a la educación de los ciudadanos, así como de historias generales, que son igualmente necesarias para la sociedad.

Interesa destacar aquí que esos tipos de trabajos históricos no pueden ser considerados escritos menores por los historiadores profesionales. Por el contrario, no solo requieren de todo el acumulado de habilidades y conocimientos que se han ido consiguiendo a través de varios niveles de estudios y tesis de grado para la obtención de títulos profesionales cada vez más exigentes, sino, además, de visiones generales coherentes, ordenadas, objetivas y, en algunos casos, sintéticas, expresadas con la mayor claridad, simplicidad y elocuencia que sea posible; esto solo puede ser el resultado de vidas enteras dedicadas a la investigación y a la docencia. Todo historiador profesional que verdaderamente lo sea está en capacidad de escribir artículos publicables en revistas especializadas. Pero solamente algunos de ellos podrían animarse a realizar la enorme tarea de crear una *Historia general de...* o un *Manual de Historia de...* Más aún, dada la rica producción especializada actual, esa no sería la tarea propia de una sola persona, sino de un equipo de historiadores del más alto nivel. Desde luego, ese tipo de obras no podrían estar destinadas solo para el deleite de otros historiadores profesionales, sino que deberían estar orientadas, principalmente, a la gente. En nuestro caso, a los ecuatorianos, en primer lugar, y a cuantos se interesen en conocernos como pueblo.

Así, la tarea de volver a escribir para la gente es académica, digna y demandante; constituye en sí misma un poderoso y estimulante desafío intelectual. Y ese cambio de perspectiva, lejos de empobrecer los estudios históricos, los potencia y les da renovado interés.

“

**La tarea de volver a escribir para la gente es académica, digna y demandante; constituye en sí misma un poderoso y estimulante desafío intelectual. Y ese cambio de perspectiva, lejos de empobrecer los estudios históricos, los potencia y les da renovado interés.**

”

